

Whitman, Milton, Wordsworth, Arnold, Byron, Scott, Burns y Keats. Sabe declamar sus poesías con admirable propiedad y sentimiento.

»Uno de sus más grandes amigos era Lord Morley, el famoso político y ensayista de la era victoriana, muerto recientemente. Casi todos los domingos iba a visitarlo. También es amigo íntimo de Thomas Hardy.

»Lloyd George ha sido siempre grande admirador del político escocés, a pesar de que sus opiniones en política son muy diferentes y aun contrarias. Cuando se atacaba a Mac Donald por su pacifismo, Lloyd George declaró:

»Mac Donald es uno de mis más gran-

des amigos. Y ya sea partidario o no de la guerra, mis labios no pronunciarán una sola palabra contra él».

»Mr. Ramsay Mac Donald es de mediana estatura, de contextura recia, y sus cabellos son grises. Su traje es sencillo y generalmente usa cuello y sombrero flojos. Sus ojos, de un gris azul, tienen mucha vivacidad y en ellos arde un fuego interno. Es hombre capaz de experimentar grandes emociones y de comunicárselas a los demás, pero su dominio de sí mismo es absoluto».

Nueva York, febrero de 1924.

(De *The Literary Digest*, Trad. de *Lecturas Dominicales*, Bogotá).

Testamento político del General Herrera

Bogotá, febrero 29 de 1924.

Señor Director de *El Espectador*:

Cumplo con el penoso deber, como depositario que he sido de tan valioso documento, de enviar a usted copia de la última disposición dictada por el señor General Benjamín Herrera, Jefe Supremo del Partido Liberal de Colombia, que acaba de fallecer.

«Colocado al frente de los destinos del liberalismo colombiano por la voluntad casi unánime y reiterada de mis copartidarios, quienes en distintas ocasiones y en forma solemne y plebiscitaria me han ratificado sus poderes y dado señaladas y muy honrosas pruebas de su confianza, que sé agradecer muy sinceramente, he dedicado todos mis esfuerzos y toda mi voluntad, aunados a mi ferviente e invariable amor a la causa de la democracia, a servir con lealtad y sin ninguna vacilación los intereses de mi partido en la forma que yo he considerado, de acuerdo con mi conciencia, que los servía con eficacia y dentro de sus generosas aspiraciones políticas y sociales. Si he obrado dentro de estos propósitos y si he sido leal a mi causa, a la Patria y a la confianza que en mí depositó la colectividad, no me corresponde a mí decirlo: ese fallo lo dictarán mis copartidarios y mis compatriotas, y corresponderá a la historia recogerlos. A él someto tranquilamente el examen de mis actos políticos.

Declaro con patriótico orgullo que he tratado de servir a mi país con desinterés y con sincero amor; con la constante preocupación de verlo regido por instituciones genuinamente republicanas y por sistemas de la más austera probidad política y administrativa y que mi corazón ha palpitado siempre al calor del más vivo entusiasmo por las ideas democráticas. Otra preocupación constante de mis

actos fue la de ver realizadas las aspiraciones del pueblo por el esfuerzo del partido liberal, como que ellas son base fundamental de su programa, y porque, como en alguna ocasión lo expresé, el proletariado es sangre de la sangre y hueso de los huesos del liberalismo». Ojalá que este anhelo de mi alma sea realizado ampliamente por mis copartidarios.

Si hubiere llegado ya para mí la hora final, y seguro como estoy de que si el partido carece en un momento imprevisto de una dirección que cuente con suficiente prestigio, se anarquizaría por el desconcierto, a la vez que perdería la incontrastable fuerza que hoy representa por su unidad y disciplina, incapacitándolo así para la conquista del Poder que yo veo muy cercana, hago a mis copartidarios el más solemne encarecimiento como un acto de noble abnegación, de sincero amor al partido y de una última y muy valiosa deferencia hacia mí, que acojan las siguientes instrucciones:

Primera.—Sostener en todo su vigor, mientras no sean movilizadas por quien para ello tenga autoridad suficiente, las normas de la Convención de Ibagué, y la decorosa política que en su desarrollo y dentro del Estatuto Orgánico ha seguido la Dirección Nacional.

Segunda.—Insistir en la reunión de la Convención Nacional en Medellín, en las condiciones que señaló la resolución de convocatoria.

Tercera.—Mantener, intensificándola más, la actual organización del partido, con la misma lealtad y el mismo entusiasmo con que se ha mantenido hasta hoy, con muy pocas excepciones.

Cuarta.—Apoyar decididamente, hasta asegurar su definitivo y regular funcionamiento, la Universidad Libre, que yo estimo como la obra más tras-

cedental del liberalismo en sus últimos tiempos.

Quinta.—Intensificar, reorganizándola, la percepción del fondo del partido, sin el cual no es posible realizar la labor directiva en forma eficaz ni mantener organizada la Colectividad.

Sexta.—Apoyar y conservar *El Diario Nacional* como órgano del partido. La Convención verá la manera de atender a los compromisos que la Dirección general contrajo cuando adquirió aquella empresa para la Colectividad.

Delego en los señores Tomás Uribe Uribe, Antonio Samper Uribe y Paulo Emilio Bustamante, como principales, y Antonio José Montoya, Carmelo Arango y Alberto Carmelo Suárez, como suplentes, en su orden, las facultades que depositó en mí el partido, y hago a éste la más encarecida excitación para que apoye y rodee a mis delegados, mientras la Convención, como cuerpo soberano de la Colectividad, resuelve lo conveniente.

Constituyo depositario de mi archivo particular a mi Secretario, señor Enrique Vélez, para que haga de él el uso que más convenga a los intereses de la República y del Liberalismo, para lo cual obrará de acuerdo con la Dirección Nacional del Partido.

B. HERRERA».

De usted atento, seguro servidor y copartidario,

ENRIQUE VÉLEZ

(Cromos, Bogotá).

Cuéntase de uno de los hombres más preclaros de la vieja Grecia, que abatido por la miseria y el dolor de verse abandonado por su poderoso discípulo, Pericles, resolvió morir de hambre. Cuando de ello enteróse el gran estadista heleno, corrió presuroso a disuadirle, implorando su perdón. El maestro le contestó: «Pericles, los que han de cuidar de la luz de una lámpara necesitan verter en ella aceite». La raza no alumbra, a su vez, el camino de la historia sino en la medida en que irradia la luz de la cultura; ¿comenzaremos a preocuparnos de la luz de la lámpara?

FERNANDO DE LOS RÍOS

